

Yo á un marino le debo la vida ,
Y por pátria le debo al azar
Una perla en un golfo nacida

Al bramar
Sin cesar
De la mar.

Me enagena al lucir de la luna
Con mi bien estas olas surcar ,
Y no encuentro delicia ninguna

Como amar
Y cantar
En el mar.

Los suspiros de amor anhelantes
¿Quién ; oh amigos ! querrá sofocar ,
Si es tan grato á los pechos amantes

A la par
Suspirar
En el mar ?

¿No sentís que se encumbra la mente
Esa bóveda inmensa al mirar ?
Hay un goce profundo y ardiente

En pensar
Y admirar
En el mar.

Ni un recuerdo del mundo aqui llegue
Nuestra paz deliciosa á turbar ;
Libre el alma al deleite se entregué

De olvidar
Y gozar
En el mar.

¡Presto todos !... ¡Las redes se tiendan !
¡Muy pesadas las hemos de alzar !
¡Presto todos ! ¡los cantos suspendan ,

Y callar
Y pescar
En el mar !

Junio de 1846.

EN EL ALBUM DE UNA SEÑORITA.

Dícenme, niña,
• Que eres tan bella ,
Que si en aquella
Pasada edad
Nacido hubieses
De Grecia clara ,
Que culto y ara
Dió á la beldad ;
Del hijo propio
Desconocida
Venus corrida
Tornára al mar ,
Y do quier fuera
Del orbe inmenso
Por tí el incienso
Y á tí el altar.

Junio de 1846.

ELEGIA I.

DESPUES DE LA MUERTE DE MI MARIDO.

Otra vez llanto , soledad , tinieblas...
 ¡Huyó cual humo la ilusion querida!
 ¡La luz de dicha, que alumbró mi vida,
 Un relámpago fué!

Brilló para probar sombra pasada;
 Brilló para anunciar sombra futura;
 Brilló y se disipó, y en noche oscura
 Para siempre quedé.

Tras luengos años de tormenta ruda
 A gozar comencé benigna calma,
 Mas ¡ ay! que solo por burlar el alma
 La abandonó el dolor.

Así la pérfida alimaña finge
 Que á su presa infeliz escapar deja,
 Y con las garras estendidas, ceja
 Para asirla mejor.

El que ayer era mi sosten y amparo,
 Hoy de la muerte es mísero trofeo...
 ¡ Por corona nupcial me dió Himeneo
 Mústio y triste ciprés!

De juventud , de amor, de fuerza henchido,
 Su porvenir cuán vasto parecia...!
 Mas la mañana terminó su dia!
 ¡ Ya del tiempo no es!

Nada me resta ya! sus rotas alas
 Plega gimiendo mi esperanza bella:
 Hoy sus decretos el destino sella,
 E irrevocables son.

Al golpe atroz que me desgarró el pecho
 No quiere Dios que mi valor sucumba;
 Mas con los restos que tragó esa tumba
 Se hundió mi corazon.

Alma noble y amante! tú, ante el trono
 De la suprema paternal clemencia,
 Por la que fué mitad de tu existencia
 Pide, pide piedad!

Baje un rayo de luz que alumbre mi alma
 En este abismo de pavor profundo;
 Hasta que pueda abandonar del mundo
 La inmensa soledad!

Setiembre de 1846.

ELEGIA II. (1)

Cánticos de tus vírgenes sagradas,
Que de tu amor proclaman las dulzuras,
Son esas voces que de unción colmadas
Llegan al corazón graves y puras.

Tu soberana mano ¡oh ser Eterno!
Me ha conducido á tan amable asilo:
Yo reconozco tu afanar paterno
En este que me das, solaz tranquilo.

Permita tu bondad que al dulce coro
Hoy se asocie, aunque indigna, la voz mía:
Cubierta de ciprés mi lira de oro
A tí sus himnos de tristeza envía.

De tu justicia el formidable azote
En mí se ensangrentó por tiempo largo;
Mas si lo quieres tú, que el lábio agote
Del cáliz de la vida el dejo amargo.

1) Esta composición, como la anterior, fué escrita en el convento de Señoras de Loreto, en Burdeos, [adonde se retiró la autora inmediatamente despues de la sensible pérdida de su malogrado esposo, acaecida en aquella ciudad.

Prolongue á su placer mi senda triste
Tu providencia inescrutable y alta;
Que si la fé de tu bondad me asiste
Vigor para sufrir nunca me falta.

Rompes mis lazos cual estambres leves;
Cuanto encumbra mi amor tu mano aterra,
Y haces, Señor, exhalaciones breves
Las esperanzas que fundé en la tierra.

Asi, tal vez, tu voluntad me intima
Que solo busque en tí sosten y asiento;
Que cuanto el hombre en su locura estima
Es humo y polvo que dispersa el viento.

Mas no condenes, no, que acerbo llanto
Riegue ese polvo que me fué querido:
Bendiciendo mi voz tu fallo santo
Deja gemir al corazón herido.

El espíritu grande que animaba
Los tristes restos que la tumba encierra,
Oyó tu augusta voz que lo llamaba,
Y esa reliquia me dejó en la tierra.

Ella será, Señor, caro tesoro
De mi memoria en el santuario triste;
Mas ¡ay! no siempre regará mi lloro
La tierra estraña en que solar la diste.

Un extranjero sol sobre esa losa
Verán lucir indiferentes ojos:
La mitad de mi vida allí reposa,
Y á otra tumba daré yo mis despojos.

¡Vírgenes de Jesus, que el blando ruego
Alzais al cielo, que lo acoje pio!
Yo ese sepulcro solitario os lego
Y en él tambien mi corazón os fio.

Ya lo purificó la desventura,
Y vuestro puro afecto lo embalsama:
No olvideis, pues, que en esa sepultura
Velando queda un corazón que os ama.

¡Y tú, ¡Señor! que entre tus hijas santas
Hoy me toleras con piedad benigna,
Acepta con sus himnos á tus plantas
Los hondos ayes de tu sierva indigna!

Setiembre de 1846



S. PEDRO LIBERTADO POR UN ANGEL.

ODA (1)

Próximo estaba un día
De gran suceso agosto aniversario,
Y la gente judía
Su antigua Pascua celebrar debía
Bajo el sol del calvario.
En la sagrada cumbre
Aun se ostentaba el indeleble rastro
De la sangre divina,
Que no secara, respetuoso, el astro,
Con el torrente de su activa lumbre;
Aunque una y otra vez de Palestina
En su anual curso contempló la afrenta,
Después de aquel instante
En que al aspecto de la cruz sangrienta,
Pavoroso veló su faz brillante.

(1) Esta Oda fué escrita en Madrid, poco después del regreso de la autora á España, y tuvo por objeto la esplicacion de uno de los hermosos grabados del Album religioso dado á luz por la sociedad literaria nominada la *Publicidad*.

Mas ¡ay! aun turbulento
 Y de sangre sediento
 Se agita el pueblo con afan impio!
 Ved cual se agolpa en torno
 De ese edificio tétrico y sombrío,
 Del triste criminal mansion postrera,
 Ronco exhalando amenazantes voces;
 Como la hambrienta fiera
 Que olfatea la víctima que espera,
 Y afilando las garras la saluda
 Con rugidos feroces.
 De ese clamor de cólera sañudo,
 Que en furioso tumulto se convierte,
 Es objeto ¡qué horror! un triste anciano,
 A ignominiosa muerte
 Ya sentenciado, por el vil tirano
 Que aunque siervo de Roma,
 Cual hijo alienta su ambicion inquieta,
 Y bajo el yugo que su audacia doma
 Con mas vil yugo á su nacion sujeta.

Para acallar las santas profecías,
 Que despiertan su bárbaro recelo
 Con el sagrado nombre del Mesías,
 No basta á Herodes que al atroz suplicio,
 Allí aportado de extranjero suelo,
 El nieto de los Reyes,
 Absuelto en balde en extranjero juicio,
 Fuese arrastrado por infames greyes.
 Aquel gran sacrificio,
 Que desarmára á la justicia eterna,
 No desarmó al tirano. Vé con pasmo
 Y con pavura interna,
 De la iglesia naciente
 Brillar la fé, crecer el entusiasmo,
 Y presume demente
 Que á hundir su base indestructible alcanza,
 Cuando al iluso populacho lanza
 Aquel decreto infando,

En que abandona á su furor injusto,
 Como á cabeza de ominoso bando,
 Del Hombre-Dios al sucesor augusto,

Llega en tanto la noche: la postrera
 Para el Apóstol mísero: perdida
 Toda esperanza yace: vanamente
 Lloran los fieles, en ceniza hundida
 La consagrada frente,
 Orando con la voz de su gemido
 Al Dios de su consuelo.
 Vanamente tambien del inocente
 Condenado á morir, han defendido
 La noble causa con ardiente celo...
 ¡Viene el dia temido,
 Y está mudo el tirano y sordo el cielo!
 Mas mientras gime entre pavor y llanto
 La Iglesia desolada,
 Con alma sosegada
 Al momento fatal se apresta el Santo.
 ¡Oh! ¡cómo envuelto en el corrupto ambiente
 De su mazmorra lúgubre, respira
 Aura de paz, y con afecto tierno
 Tributo de loor rinde al Eterno!
 Luego elevando los cansados brazos
 Entre los férreos lazos,
 Se le oye murmurar blanda plegaria
 Con la humildad de un pecho penitente;
 Mientras en solitaria
 Lámpara negra, vacilante oscila
 La débil luz, que de su vasta frente
 Llega á alumbrar la magestad tranquila.
 Del amargo penar la prueba ruda
 No perturba del alma
 Aquella noble calma
 Que la sublime religion escuda.
 Piedra santa, escogida
 Para eternal cimiento,

No indaga Pedro al terminar su vida
Si cumplió su mision. Ante el arcano

Del Hacedor del mundo

Solo escucha su fé: base y asiento
Del edificio augusto y sobrehumano,
Que humillará el poder del Orco inmundo,
Sabe que va á morir, mas sin que tema
Inútil ser para el querer divino,
Que en vida ó muerte cumplirá el destino
Que le trazó su prevision suprema.

Sábelo el santo; sus humildes preces

No intentan alejar el caliz fiero,

Cuyas amargas heces

Agotó manso el celestial cordero.

Discípulo sumiso

Sigue tan alto ejemplo: resignado,

No ardiente ni remiso,

De este mundo abandona

La peligrosa lid, y aun no cansado

Espera sosegado

Del triunfo ilustre la inmortal corona.

Túrbase, empero, y se estremece, y vierte
Lágrimas ¡ ay! que corren de sus ojos

Hasta sus lábios secos,

Cuando medita en la futura suerte

De los insanos que á la iglesia oprimen,

Y entonces vuelven los horribles huecos

De la mansion del crimen,

Del Gólgota los écos!

Por sus verdugos ora...! pero vuelan

Sus últimos instantes: la fatiga

Sus miembros entorpece,

Y allí, tendido en aquel suelo inmundo,

Al cansancio cediendo, se adormece

Con rostro tan sereno,

Y con solaz tan plácido y profundo,

Cual un infante en el materno seno.

Ah! tal vez su memoria

A las visiones de su mente enlaza

Recuerdos que le alientan á porfia,

Y vé pasar en óptica ilusoria,

Del huerto la agonía

Y del Tabor la gloria.

Mas pronto el denso manto

Recogerá la noche: el horizonte

Ya esclarece su azul, y en el oriente

Leve matiz de nacar y amaranto

A aparecer comienza. Ya del monte

La cabeza eminente,

Con reflejos suaves

De tibia luz se mira coronada,

Y á saludar la próxima alborada

Se aperciben las aves.

¡Solo de Pedro en la mansion sombría

Es eterna la noche: el postrer día

Solo verá al morir!... Su luz escasa

No vierte ya la lámpara estinguida.

Ningun rumor traspasa

El negro y alto muro,

Y á revelar la vida

Que allí se oculta entre vapor impuro,

Solo á intervalos suena

Leve murmurio blando,

Entre el sordo crujir de una cadena,

Por que aun dormido el justo está rogando.

Súbito, empero, se alza estremecido,

Y en torno le circunda

Relámpago de luz, que no es seguido

Del trueno por horrísono estallido,

Y que la estancia pavorosa inunda

De claridad y aroma misterioso,

Cual si la eterna aurora

Anticipase Dios al que allí mora.

¿Mas qué vision divina

Nos anuncia su rostro venerable,
 Donde al asombro y turbacion domina
 Un placer inefable?...
 Oh! védle! védle!... ¡Un huésped de los cielos
 La tierra huella dó el Apóstol gime...!
 En sus osados vuelos
 No alcanza á concebir la humana mente,
 La inspiracion de su mirar sublime,
 La magestad de su serena frente!

Mas no á los centinelas vigilantes
 Es dado ver la angélica hermosura
 Del ministro de Dios, ni los destellos
 De sus alas brillantes.
 Es para ellos oscura,
 Impenetrable sombra, la luz pura
 Que deslumbrando á Pedro lo extasia ;
 Solo un pavor extraño
 Su sangre hiela, embarga sus sentidos,
 Hasta apagar los flébiles sonidos
 De la trémula voz en sus gargantas.
 En tanto el Angel con ligeras plantas
 Se acerca al santo; los hermosos brazos
 Tiende hacia él, y de su mano apenas
 Llega á sentir el delicioso roce,
 Cuando ruedan deshechas en pedazos
 Las pesadas cadenas,
 Y con divino acento,
 —Toma tu ceñidor, le dice al punto :
 Calza tus pies y sígueme.—Turbado,
 Mas al mandato atento,
 Obedece el Apóstol.—Cual la ardiente,
 Ignea columna que Moisés seguia,
 Cuando á su indócil gente
 Al través de desiertos conducia,
 Marcha el Angel delante
 Dejando en pos un rastro luminoso,
 Y le sigue con paso vacilante,
 Absorto y silencioso,

El triste sentenciado,
 Por el brazo de Dios ya libertado.

Oh Herodes! ven! demanda á tus cerrojos,
 A tus macizas puertas
 Y á tus guardias alertas,
 La víctima que esconden! Ay! tus ojos
 Aquellas ven abiertas,
 Empero ante los suyos ha pasado
 La víctima sin susto.
 En vano la reclamas, y el adusto
 Ceño mostrando, y el mirar que empaña
 Tu llanto de furor, venganza espresa
 Y castigos tu voz. ¡Necio! te engaña
 Tu orgullo criminal. Oh! cesa! cesa!
 Contra el poder que te arrancó tu presa
 Es polvo tu poder, humo tu saña!

Marzo de 1847.



LA AURORA DEL 8 DE SETIEMBRE.

CUARTETOS ESCRITOS

Á PETICION DE LA SEÑORA DIRECTORA

de un colegio de niñas,

EN HONOR DE LA FESTIVIDAD DEL DIA DE LA VIRGEN.

Bellas niñas! dejad presto
Vuestro lecho virginal,
Que en la lira, que ya apresto,
Juega el aura matinal.

El sol rasga triple velo
De oro y nacar al salir,
Y orlas blancas luce el cielo
Sobre el manto de zafir.

¡Ved los prados de esmeraldas
Sus matices ostentar!
¡Ved cubiertos de ovas gualdas
Los arroyos murmurar!

De las aves ledó coro
Oigo alzarse por do quier,
Mientras templo cuerdas de oro
Para el himno de placer.

Y las rosas y azucenas,
Que hoy despiden nuevo olor,
De mil perlas estan llenas
Sobre el tallo temblador.

Venid presto, cortad flores,
Palma y mirtos enlazad,
Dando al viento cien loores
De la célica beldad.

Sonó el tiempo la grande hora
Que el Eterno señaló,
Y hoy la reina de la aurora
En el mundo penetró.

Una niña ¡qué portento!
Hoy el mundo recibió,
Y al vagido de su acento
Todo el orco retembló.

Alabanza no hay que cuadre
A este enigma del amor....
¡Hoy el mundo vió á la madre
De su eterno Criador!

¡Venid presto, niñas bellas,
Blancos velos tremolad,
Y do quiera dejeis huellas
Rosa y ámbar derramad!

¡Mas no intentes, lira mia,
Tonos nuevos inventar,
Que en el nombre de Maria
Mas dulzuras has de hallar!

¡Que ese nombre poderoso,
Que proclama el serafín,
Lleve el viento vagaroso
Hasta incognito confín!

¡Venid todas, y á porfia
Sus encantos alabad...!
¡Venid todas, que hoy es dia
De la célica beldad!

Setiembre de 1847

EN EL ALBUM DE UNA SEÑORITA CUBANA.



Naciste en la tierra vírgen
Que, por el mar abrazada,
Bajo del trópico ardiente
Aspira del sol la llama.

Naciste en aquellos campos
Do la mano soberana
Con mil rasgos atrevidos
Su inmenso poder señala.

Allá do en bosques eternos,
Perenne mansion del aura,
No se albergan crudas fieras
Ni viles sierpes se arrastran:

Mas do en la noche tranquila,
Turbando la ardiente calma,
Responde al tierno sinsonte
La tórtola enamorada.

Allá do en montes altivos
Se ostentan las verdes faldas
Oprimidas con el peso
De nunca marchitas galas.

Allá do cruzan arroyos
Sus cristalinas guirnaldas,
En torno de agrestes ceibas,
De erguidos cedros y palmas,

A cuyos pies, y al abrigo
De sus siempre frescas ramas,
Florece el útil cacáo,
Se mece la dulce caña,

Y el cálido café luce
Sus pulidas flores blancas,
Y sus granos purpurinos,
Y sus hojas de esmeraldas.

Allá donde nunca el hielo
Aprisionando las aguas
De sus líquidos cristales
El blando murmurio acalla.

Allá donde el cierzo rudo
Jamás despliega sus alas,
Ni presta la nieve al suelo
Aspecto de vejez cana.

Mas donde del sol al rayo,
De amor sus hondas entrañas
Siente hervir la tierra, y tiembla,
Y se sacude agitada.

Donde huracanes potentes
Inmensos campos arrasan,
Y á la voz ronca del trueno
Se ensordecen las montañas.

Allá, como yo, naciste :
Allá naciste, y es fama
Que el sol al verte detuvo
Por un instante su marcha.

Por eso, dicen, que vierten
Tus ojos su activa llama,
Y que es tu tez tan hermosa,
No deslumbrando por alba.

Y si allá nacida fuiste,
Por aquel astro animada,
Entre huracanes y brisas,
Entre ceibas y entre cañas,

¿Qué mucho que en tí se vean
Combinaciones tan raras
De pasión y de dulzura,
De languidez y pujanza?

¿Qué mucho que en tí se asocien
La fortaleza y la gracia,
Hechizos muelles del cuerpo,
Escelsas dotes del alma?

Y si arrullada dormiste
En los sueños de tu infancia
Por el mar y por el trueno,
Por sinsontes y por auras,

¿Qué mucho que en écos lances
De tu armoniosa garganta,
Esos cantos que sorprenden,
Que electrizan y avasallan?

¿Qué mucho que tu voz pura,
Ya vigorosa, ya blanda,
Alcance los varios tonos
De cien pasiones contrarias?

¡Hija del trópico ardiente!
¡Digna imágen de tu patria!
¡Virgen, jóven como ella,
Como ella fuerte y lozana!

¡En tí la gozan mis ojos,
En tí mi pecho la ama,
En tí la admira mi mente,
Y en tí mi lira la canta!

Octubre de 1847.

